

Libro 2 Capítulo 16: Los burócratas son peores que los elfos - Druid del centro, (Borrador del Libro 1)

- Libro 2 Capítulo 16: Los burócratas son peores que los elfos - Druid del centro, (Borrador del Libro 1)

Libro 2 Capítulo 16: Los burócratas son peores que los elfos - Druid del centro, (Borrador del Libro 1)

Dantes llegó a los embarcaderos con tiempo de sobra y comenzó a enviar ratas y cucarachas a inspeccionar todas las embarcaciones cercanas que acababan de atracar. Mientras lo hacía, entró en la oficina del jefe de muelles junto a Jacopo. Era temprano, por lo que solo había un equipo reducido durmiendo en algunas camitas. Dentro halló la chaqueta larga y gris que vestían los oficiales que trabajaban para la ciudad en el muelle. Encontró una que le quedó bien sin mucho esfuerzo y se la puso.

Se enderezó, ajustando la postura, y moldeó la rama que llevaba en su brazo izquierdo en forma de una de las porras que suelen portar los trabajadores del puerto. Salió caminando por la puerta principal y empezó a recorrer los muelles hacia su primer objetivo, un barco mediano de Frasheid que se bamboleaba perezosamente con las olas. En el interior, bajo la carga de algodón y seda que la ciudad esperaba, había una gran cantidad de yerba y polvo que Dantes suponía destinada al almacén de Mondego.

Llevó dos dedos a los labios y silbó fuerte, dispersando unas gaviotas cercanas a las que murmuró una rápida disculpa.

Un hombre con una camisa de algodón blanca asomó la cabeza por el costado del barco hacia Dantes, con la vista fatigada y una pequeña mancha de cerveza en la parte delantera de su camiseta.

Dantes apuntó con su porra al hombre, tomando la iniciativa. "Tú. Consigue a tu capitán. Ahora."

El hombre negó con la cabeza y se acercó tambaleándose a un esclavo, abofeteándolo en la cara y señalando la entrada a la parte de abajo del barco. El esclavo se apuró a alejarse y el hombre volvió tambaleándose hacia Dantes, frotándose los ojos y esforzándose por despertarse por completo.

"Creo que ya pagamos la tarifa de atraque, señor," dijo.

"No sobre esa tarifa."

Apareció otro hombre, más despierto, con un sombrero tricordé en la cabeza y una espada al cinto. “Soy el capitán de esta embarcación. ¿Qué necesita la autoridad portuaria?”

Dantes sonrió y sacó el símbolo del cargo de Danglar de su chaqueta. “El magister local que regula la organización legal de esta sección del puerto requiere... una tarifa adicional antes de que puedan desembarcar sus mercancías.”

El capitán frunció el ceño profundamente y caminó rápidamente hacia el barco, observando el símbolo del cargo. “No pagamos ninguna tarifa, somos nosotros quienes cobramos.”

Dantes encogió de hombros. “Lo único que sé es que mi jefe me mandó aquí a recaudar diez monedas de oro... a menos que prefiera que llame a algunos guardias del muelle y que revisen su inventario más de cerca que la primera vez.”

El rostro del hombre se enrojeció. “Eso es una locura.”

Dantes asintió. “Muy bien, pues, los guardias. Si fuera ustedes no me, daría tanta confianza en que me arresten en una ciudad extranjera. Aquí, somos un poco mejores con nuestros prisioneros que ustedes con sus esclavos, pero no mucho.”

El capitán apretó los dientes antes de mirar hacia donde un marinero estaba de pie. “No solo mires, ve y tráele la maldita moneda de oro.”

Dantes esperó a que la bolsa estuviera en su mano y asintió hacia el capitán. “Espera pagar ese mismo precio la próxima vez. Las personas de Mondego vendrán a recoger las mercancías más tarde.”

El capitán parecía demasiado enojado para responder y simplemente volvió a subir a su barco, maldiciendo entre dientes.

Dantes bajó por los muelles hacia la próxima embarcación, esta proveniente de Viscent, donde uno de sus pequeños barcos de vapor de carga estaba atracado. A diferencia del navío de Frasheid, en este había un halfling vigilando en la proa, y varios gnomos e incluso un enano comenzando a limpiar la cubierta y realizando diversas tareas. El halfling lo miró y de inmediato hizo una señal silenciosa a un halfling más joven, que desapareció y volvió rápidamente con un gnomo vestido con un uniforme negro y dos pipas plateadas en el cuello.

“¿Qué necesita la autoridad portuaria de nosotros?” preguntó, tendiendo la mano para estrecharla.

Dantes tomó su mano y la apretó con firmeza. Esta vez no dio vueltas. “Una soborno.”

El hombre asintió. “¿Por qué y cuánto?”

“El magistro que forma parte de la operación de contrabando aquí desea una mayor parte de las ganancias.” Dantes mostró el símbolo de Danglar, “Él solicita diez oro, o de lo contrario llamo a la guardia, que descubrirá la pólvora que tenéis escondida a bordo.”

El hombre asintió nuevamente. “No es buena idea. Esto le traerá muchos problemas a Danglar en el futuro.”

Dantes asintió, intentando parecer consternado por ello.

“Buen hombre, siguiendo órdenes con las que no estás de acuerdo.”

“Es mi deber, señor.”

El gnomo hizo un gesto a uno de sus hombres, quien desapareció brevemente y regresó con una pequeña bolsa. El gnomo se la entregó a Dantes, quien la aceptó.

“Presentaremos una queja ante Mondego.”

Dantes asintió. “Como es tu deber, señor.”

El gnomo sonrió ligeramente y volvió a su barco.

El siguiente barco era una embarcación drashus, completamente tripulada por orcos y semi-orcos que vestían gruesos jerséis de lana con patrones que marcaban la clan. Dantes había estado en barcos drashus muchas veces desde niño. Su padre había servido en uno de ellos, después de todo. No reconoció a nadie, así que levantó la mano hacia el tercer oficial que miraba desde la borda.

“¿Qué quieres, medio sangre?”

Dantes giró su porra en la mano. “Ahora capturo al capitán, y tal vez a tu hermana después.”

“Mi hermana te partiría en dos.”

Dantes encogió los hombros. “Entonces a tu madre.”

“Ella te destrozaría en cuartuchos.”

“Trae a tu capitán, o llamaré a la guardia.”

El oficial levantó las manos. “Está bien, está bien.” Desapareció y regresó con un orco de piel verde más grande, vestido con el típico suéter y una bandana gruesa, además de tener imponentes tatuajes en el rostro.

“¿Qué quieres?”

“Diez oro.”

“¿Para qué?”

“Para que no llames a la guardia y descubran todo ese polvo que tienes a bordo.”

El capitán saltó del barco y cayó pesadamente en el muelle frente a Dantes, acercándose hacia él.

Dantes no retrocedió ni cedió terreno, pero cambió sutilmente su porra, ahora con puas y espinas curvadas.

“¿Me amenazas, chico?” preguntó el orco, mostrando sus colmillos.

“No.” Él levantó el símbolo de Danglar. “El magistro que sirvo es quien lo hace. Márame, y solo seré reemplazado. Sin mencionar que vendrán por ti, guardia incluida.”

El orco negó con la cabeza, con una expresión de disgusto en su rostro. “Odia y hacer envíos aquí. Siempre es algún tipo de mierda nueva. Un montón de medio sangre sin honor, o elfos. Toda esta ciudad es un asco.”

Dantes encogió los hombros. “Al menos, yo tengo un rango más alto que los elfos.”

El capitán escupió a los pies de Dantes. “No. Los burócratas son peores que los elfos. En especial, los corruptos.”

Dantés sintió la tentación de señalar la hipocresía, considerando que aquel hombre traficaba con drogas en una ciudad, utilizando un medio que solo le era accesible por la corrupción, y probablemente con el fin de engordar sus propios bolsillos. Sin embargo, decidió que eso no sería prudente.

El Capitán Orco levantó la vista hacia su tercer oficial. “Consígale su maldito oro. No quiero hablar más con esta escoria.” Retrocedió hacia su embarcación, y poco después, el tercer oficial arrojó diez piezas de oro... en cobre, casi hacía caer a Dantés al atraparlas. Dantés ordenó a las ratas del barco que defecaran en su trago y continuó su camino por el muelle.

Afectó a media docena más de embarcaciones, siempre asegurándose de mostrar el símbolo de oficio de Danglar, y esforzándose por ser convincente para obtener el oro, y a la vez, ser lo suficientemente molesto para que Mondego se enterara. Al finalizar, había acumulado una buena cantidad, además de sembrar bastante discordia. Empezó a dirigirse hacia un último objetivo, un barco visalian que transportaba libros arcanos de algún tipo, cuando un guardia de patrulla lo miró entrecerrando los ojos.

Intentó seguir caminando, confiando en que su paso seguro transmitiera confianza, pero el guardia siguió observándolo, incluso empezó a acercarse.

“¡Alto!” —bramó el guardia, con la suficiente fuerza para hacerse escuchar sobre el ruido del muelle.

Dantés siguió caminando.

“¡Deténgase!”

Dantés comenzó a correr, con su mochila tintineando por las monedas que llevaba. Rápidamente se escondió en un callejón cercano y se transformó en su forma habitual, sentándose junto a un montón de desperdicios cuando el guardia entró. Hizo una inspección, se frotó los ojos y salió del callejón, mirando en todas direcciones como si buscara de él.

Dantés permaneció en su forma acuática y se alejó más allá, antes de volver a su estado normal. Al terminar de transformarse, se encontró respirando con dificultad. Se apoyó en la pared, el sudor perlándole la frente. Algo no andaba bien; no había estado en forma acuática el tiempo suficiente para sentirse así. Tropezó en un callejón y vomitó.

“Jacopo,” envió, pero Jacopo no respondió. Cuando se concentró, pudo sentir que también él sufría. Encogido en algún lugar estrecho, con el estómago vacío y temblando. Dantés empezó a avanzar en la dirección que percibía, dando cada paso con mayor dolor, mientras su visión comenzaba a empañarse.